



HAL
open science

De violencias y traumas: las mujeres en la posguerra en "Roza, tumba, quema" de Claudia Hernández

Sophie Large

► **To cite this version:**

Sophie Large. De violencias y traumas: las mujeres en la posguerra en "Roza, tumba, quema" de Claudia Hernández. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 2019, Centroamérica: culturas e identidades (38), pp.191-203. hal-03084245

HAL Id: hal-03084245

<https://hal.science/hal-03084245>

Submitted on 28 Oct 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

De violencias y traumas: las mujeres en la posguerra en *Roza tumba quema* de Claudia Hernández

On Violence and Trauma: Women's Postwar in Claudia Hernández's *Roza tumba quema*

SOPHIE LARGE

Universidad de Tours, Francia
sophie.large@univ-tours.fr

Resumen: Este artículo propone analizar las especificidades de las vivencias de las mujeres en la guerra y la posguerra salvadoreña a través de la novela *Roza tumba quema* de Claudia Hernández (2017). El análisis se basará en las estrategias narrativas y discursivas con las que, mediante un estilo aparentemente sencillo, la autora salvadoreña logra problematizar la complejidad de las situaciones de las mujeres en el momento y después del conflicto, la difícil reintegración de las mujeres excombatientes y los impactos que las violencias bélicas sufridas por ellas tienen en sus descendientes, una vez terminado el conflicto, por medio de la transmisión transgeneracional del trauma por vía femenina. Se estudiarán también las estrategias desarrolladas por las mujeres, particularmente las campesinas, para sobrevivir y sobreponerse a las violencias, teniendo en cuenta la estructura del relato, su simbolismo y la dimensión ejemplar y metafórica de la historia particular de un linaje femenino cuyas dificultades podrían extenderse al conjunto de las mujeres afectadas, directa o indirectamente, por la violencia armada.

Palabras clave: literatura salvadoreña, narrativa de la posguerra, violencia contra las mujeres

Abstract: This article intends to analyze the specificities of women's experiences in the Salvadoran war and postwar in Claudia Hernández's novel *Roza tumba quema* (2017). The author focuses on narrative and discursive strategies whereby, in spite of an apparently simple style, the Salvadoran writer shows the complexity of the women's situation during the war and after it, the difficulties of the female guerrillas reintegrating society and the impact that war violence has had on their descendants after the conflict, as they pass trauma on daughters and granddaughters in an unconscious and transgenerational way. The article further defines the strategies developed by women, especially peasant women, in order to survive and overcome violence, by emphasizing the narrative structure, its symbolism and the metaphorical and archetypal nature of a female lineage whose particular story could represent all the women affected directly or not by the violence of war.

Keywords: Salvadoran Literature, Postwar Narrative, Violence against Women

Recibido: noviembre de 2019; **aceptado:** enero de 2020.

Cómo citar: Large, Sophie. "De violencias y traumas: las mujeres en la posguerra en *Roza tumba quema* de Claudia Hernández". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 38 (2019): 191-203. Web.

Introducción

Nacida en 1975, Claudia Hernández es una escritora salvadoreña, autora de varios libros de cuentos y, entre otras obras narrativas, de la novela *Roza tumba quema*. Misha Kokotovic la define como “the foremost Salvadoran narrative fiction writer of her generation, which grew up during the war but was too young to have participated in it” (54). Este dato biográfico, lejos de ser anecdótico, explica en gran medida la visión que Claudia Hernández da de la posguerra en su última novela, *Roza tumba quema*, centrada en la continuidad de las violencias aun después del conflicto armado.

Este libro, publicado en 2017, narra la historia de un linaje de mujeres, mostrando cómo se organiza su vida en una posguerra cuyos límites espacio-temporales no se explicitan, pero que bien podría ser la salvadoreña, aunque también tiene un alcance universal. Construida a partir de constantes vaivenes temporales, la novela tematiza las consecuencias de la contienda en cuatro generaciones de mujeres: la abuela –que no participó directamente en la guerrilla–, la madre –que fue incorporada a ésta a los quince años, de manera forzada–, las cuatro hijas de la madre –una de las cuales, la primogénita, fue dada en adopción de forma ilegal durante el conflicto sin el consentimiento de su madre–, y las hijas de las hijas –nacidas ya todas después de la guerra–. A pesar de estas experiencias de vida distintas, todas las mujeres de la familia experimentan síntomas, de diversa índole, que muestran la pervivencia, la transmisión y la interiorización de situaciones traumáticas de violencia, así como los impactos de éstas en sus identidades y sus modos de subsistencia.

El título de la novela pone el enfoque en el mundo campesino, siendo la “roza, tumba, quema” un método de agricultura itinerante o nómada que consiste en tres etapas: la tala de especies menores, la eliminación de los árboles y vegetales grandes, y por último la quema de la vegetación previamente derribada. Como indican Estuardo Lara Ponce, Laura Caso Barrera y Mario Aliphath Fernández, el sistema de roza, tumba, quema (RTQ) “tiene orígenes milenarios” y es capaz de producir buenos resultados en términos de productividad y de conservación del medioambiente:

Manejado adecuadamente por la población local, altera los ecosistemas mucho menos que otros tipos de agricultura moderna, como se ha reportado en estudios pioneros de población indígena del trópico húmedo (Rappaport, 1975). Esta agricultura de “tala y quema”, continúa siendo un importante modo de subsistencia, para unos 200 millones de personas, que cubren unos 36 millones de kilómetros cuadrados y pertenecen a diversos grupos culturales que habitan diferentes partes del mundo; quienes habitan desde el sudeste asiático, África, el Pacífico, hasta América Central y del Sur. (71)

Sin embargo, el sistema RTQ también puede acarrear problemas de fertilidad y de agotamiento de los suelos cuando la presión ejercida sobre éstos por los seres humanos llega a ser excesiva:

Las prácticas históricas de tumba, roza y quema son muy eficientes cuando el balance tierra-hombre está a favor de la tierra, pero con las crecientes presiones sobre la tierra, su ciclo se ha reducido hasta que ya son tan cortos que promueven la erosión de los

suelos, disminuyendo su fertilidad. Esto también repercute en bajas producciones de maíz, frijol y otras especies. (FAO 26)

El título, de ese modo, anuncia el origen campesino de las protagonistas de la novela y, al mismo tiempo, permite transmitir la idea de un ciclo que nunca tiene final, al igual que la transmisión de los traumas de la contienda de madre a hija, de hija a nieta, y así sucesivamente.

En este artículo quiero centrarme entonces en la manera cómo la novela representa las violencias específicas sufridas por las mujeres no solo durante el conflicto, sino muchos años después, a través de la pervivencia de éste bajo forma de traumas. Analizaré la manera cómo se evidencian las consecuencias de estas violencias en la posguerra, tanto en la vida de las mujeres partícipes de la lucha armada como en sus hijas y nietas que, por su parte, no vivieron directamente el conflicto. En este recorrido que propongo, veremos que la *sanación* de las heridas de la guerra es siempre una tarea dificultosa, si no imposible, especialmente para las mujeres.

Violencias específicas, en la guerra y/o la posguerra

Como en muchas de las obras anteriores de Claudia Hernández (ver Gairaud 92), la narración en *Roza tumba quema* se hace por medio del estilo indirecto libre; adopta alternativamente el punto de vista de cada una de las mujeres protagonistas, así como de varias de las que cumplen un papel secundario en la novela. De esta forma, en este relato que pone un énfasis particular en la cuestión de las violencias de la guerra y de la posguerra, el punto de vista es mayoritariamente femenino: se conocen los pensamientos de la madre, de la abuela materna, de la suegra, de la otra suegra —ya que la madre ha tenido varias relaciones—, de dos excompañeras combatientes de la madre, de la madre adoptiva de la hija primogénita, y de la mujer que aloja a una de las hijas mientras ésta estudia en la capital. En comparación, la presencia del punto de vista de los hombres es muy reducida: se limita a los dos hermanos adoptivos de la hija primogénita, al hermano de la madre, y a un hombre que acude a casa de la madre para hacerle un interrogatorio tras el asesinato de uno de sus acosadores. Más aún, la figura del padre, que en las sociedades patriarcales ocupa un lugar central en la familia, en el relato de Claudia Hernández no aparece sino a través de la mediatización de la voz de la madre: esa ausencia se debe evidentemente al hecho de que ya ha muerto cuando empieza el relato, pero al mismo tiempo refuerza la primacía de la visión de las mujeres en el conjunto de la novela. La elección de este marco narrativo obliga pues a los lectores a adoptar la visión femenina sobre las violencias de guerra y de posguerra, e impone por tanto una mirada distanciada de la visión histórica o sociológica dominante sobre este tema.

Estas violencias son numerosas y de índole muy diversa. Algunas son comunes a los dos sexos, como las masacres, de las que son víctimas directas tanto los hombres como las mujeres. Sin embargo, otras son específicas de las vivencias de las mujeres tanto durante el conflicto armado como después, y son éstas las que ocupan el lugar más importante en el relato, por el uso del marco narra-

tivo antes referido. La figura de la madre, en particular, funciona de esta forma como paradigma de las violencias sufridas específicamente por las mujeres en un contexto bélico. Entre ellas destacan, por ejemplo, la separación forzada de su hija primogénita –“Había perdido a esa niña como había perdido la guerra” (209)–, el castigo militar que le impusieron los mandos por embarazarse mientras estaba en la guerrilla, o las repetidas amenazas de violaciones:

Aprovechaban que los demás estaban ocupados huyendo de los soldados y avanzando en sus posiciones para llegar a las zonas desprotegidas y tomar cuántas mujeres podían. Se llevaban a las muchachas tres o cinco días a los montes. Luego, las regresaban y se llevaban otras. A las mujeres mayores las violaban en sus propias casas y luego las ponían a hacerles la comida mientras violaban a sus niñas pequeñas. Más tarde se supo que uno solo de ellos violaba también ancianas. (23)

La primera de estas violencias –la pérdida de la hija– es, además, el eje que estructura la novela, puesto que los esfuerzos constantes de la madre por recuperar a su hija perdida inundan el relato, desde el primer capítulo hasta el final. La novela podría verse, en este sentido, como una trayectoria iniciática por recuperar a la hija, que a su vez representa un recorrido hacia la recuperación, por la propia madre, de sí misma. Así, la cuestión del linaje femenino y de las violencias específicas que el conflicto armado impone a las mujeres no solo se presenta como un tema fundamental de la novela, sino que, además de determinar su sistema narrativo, también constituye el punto de arranque de la diégesis, así como su soporte.

Por otra parte, como bien se sabe, las violencias no terminan con el final de la contienda, y también después de ella se expresan de forma específica cuando afectan a las mujeres. Estas violencias de posguerra, como las de la guerra, abarcan múltiples dimensiones. Se pueden citar, entre otras, las dificultades encontradas por las mujeres excombatientes para reintegrarse a la sociedad civil después de la lucha armada, como es el caso de la madre que, al bajar de la montaña, no sabe realizar ninguna de las tareas socialmente aceptadas para una mujer. Esto ha sido apuntado, en particular, por Jules Falquet:

Para las mujeres especialmente, esta vuelta a la paz está sembrada de trampas. [...] a la hora de buscar trabajo, las cualificaciones adquiridas durante la guerra por las mujeres y por los hombres no tienen el mismo valor. [...] El partido recoge en lo más que puede a los hombres –algunos aprendieron a manejar un carro y pueden volverse chóferes, otros se han vuelto excelentes guardaespaldas, otros aún pueden seguir desarrollando sus talentos como permanentes políticos–. Pero el partido frecuentemente olvida a las mujeres: solo un puñado de ellas pueden darse el lujo de seguir dedicándose a la lucha política. Para las y los ex-combatientes de la guerrilla, los Acuerdos prevén la entrega ya sea de una pequeña parcela, ya sea de un dinerito para reinsertarse en la vida civil. Pero la organización a menudo se olvida de mencionarles a las mujeres que para obtener dichos beneficios, hay que registrarse en listas *ad hoc*. Dicho sea además, muchas mujeres rurales no manejan el conjunto del proceso agrícola y son excluidas del crédito y de la capacitación técnica, imprescindibles para poder desempeñarse en el campo. Y en cuanto a formar micro-empresas, las mujeres no reciben apoyo técnico y el tipo de actividades que les asignan en la división sexual tradicional del trabajo son poco lucrativas y rara vez permiten escaparse del inframundo de la economía informal. (“El movimiento de las mujeres” 197)

En la novela, la madre es víctima de discriminaciones de género a la hora de la reparación, ya que no logra que le paguen lo debido por los años combatidos, con la excusa de que su marido ha muerto, pues solo los hombres pueden cobrar este dinero. Por otra parte, no logra permanecer en ningún puesto de trabajo asalariado, ya que sufre intimidaciones constantes por parte de familiares de los tres guerrilleros que, durante el conflicto, habían intentado violarla; estas represalias le impiden salir de casa para ir al trabajo y merman, por tanto, su presupuesto y sus posibilidades de satisfacer sus propias necesidades y las de sus hijas. A esto hay que añadir los acosos, robos y amenazas sufridas por la madre por ser mujer y madre soltera de varias muchachas:

Como saben que no hay hombres en casa, entran en las noches en su granero y se llevan un saco o dos por vez. No saben con exactitud quiénes son, pero se lo imaginan porque conocen bien quiénes comen todo el año sin salir a sembrar ni una sola vez. No pueden acusarlos porque no los han visto. Nunca los han visto. Su madre les ha pedido que, aunque escuchen ruidos, no salgan ni se asomen a las ventanas. No se sabe en qué estado se encuentren los que llegan a vaciarlas ni de qué son capaces si los ponen en evidencia. Sabe que la cobardía es temeraria. Les pide que simulen no despertarse, que, al día siguiente, cuenten que fue una sorpresa encontrarse con que faltaba tanto o cuánto de lo que tenían. Les pide que digan que no sintieron nada aunque se despierten al primer paso de ellos y escuchen molestas hasta que se van. No quiere problemas con ellos. Sabe que no se vengarán con ella, sino con las hijas. No cree que valga la pena pelear por un poco de maíz que, de todas formas, les regalaría de buena gana si se lo pidieran. Lo que hace es apartar un poco para ella y las niñas. (65-66)

Más allá de estos problemas materiales, agravados por el simple hecho de ser mujer, la madre también sufre síntomas de estrés postraumático: experimenta dificultades para discernir entre el pasado y el presente –comenta “que nunca había dejado de ser el pasado” (197)–, así como para adoptar patrones de comportamiento diferentes a los de la situación bélica. Tanto es así que sigue acatando órdenes de sus superiores muchos años después del fin de los combates: “debía permanecer en el puesto que le asignaron cuando llegó la orden del desarme: su casa” (193). Todos estos factores –discriminaciones, intimidaciones, represalias, traumas– se combinan para limitar considerablemente las posibilidades de subsistencia de esta mujer y de sus hijas, encerrándolas en el hogar, impidiéndoles acudir al trabajo por las repetidas amenazas, y reduciendo su presupuesto por la falta de pago de la pensión.

Sin embargo, la madre no es la única afectada por las consecuencias del conflicto; éstas afectan también indirectamente a sus hijas, por medio de la transmisión transgeneracional de los traumas durante el periodo de posguerra:

[L]as poblaciones marcadas por la guerra, sufren de PTSD (postraumatic stress disorder) y presentan efectos físicos y mentales manifestados en dolores de cabeza, nervios, falta de seguridad y confianza, y temor de ser objeto de violencia. Este desorden produce un trauma heredado trans-generacionalmente, es decir, las nuevas generaciones arrastran el desorden psicológico adolecido por sus progenitores y familiares y toda la población afectada cree que en cualquier momento puede ocurrir una agresión. Por esta razón, las víctimas viven con miedo, están a la defensiva y son propensas a la violencia porque es el modo que existe para defenderse. En consecuencia, la subjetividad está marcada por un alto grado de vulnerabilidad hacia un entorno que se presume adverso y que, por lo tanto, los sujetos y las sujetas deben prevenir. (Gairaud 81)

La pervivencia y transmisión de traumas en la posguerra

En efecto, todas estas violencias, que afectan de modo específico a las mujeres, tienen consecuencias importantes no solo en las víctimas directas, sino también en sus hijas, las cuales heredan los síntomas postraumáticos de la madre. La violencia irradia de esta forma durante muchos años, y en todos los eslabones del árbol genealógico, por medio de mecanismos psicogenealógicos como la “lealtad” o la transmisión inconsciente de los secretos:

“Indicible”, puisque non dit, à la première génération, le secret devient ainsi “innommable” à la deuxième génération –on le ressent mais sans pouvoir le nommer puisqu’il n’a jamais été mis en mots–. C’est à la troisième génération, quand il est “impensable” –on ne peut même le conceptualiser– qu’il provoque des phobies, peurs, troubles mentaux, dépressions ou maladies.¹ (Tison-Le Guernigou 35-36)

Así, como también dice Adam, lo que se transmite no es el trauma, sino más bien la falta de elaboración discursiva del mismo (ver 21). En este sentido, es muy significativa la negación de la madre a hablar de sus traumas de la guerra, ya que el silencio acerca de estas violencias, al impedir el trabajo de la conciencia sobre ellas, favorece su repliegue hacia el inconsciente y, de esta forma, su transmisión transgeneracional:

Ella no necesitaba que nadie la escuchara. Ni siquiera quería hablar de muchas cosas. Y no era un problema, como ellas decían, sino parte de su trabajo como radista: escuchar, recibir indicaciones y comunicárselas solo a su jefe inmediato. A nadie más. Ni al compañero de vida ni a amigas en el combate. Ni a sus hermanos. A nadie. No importaba si era algo tan sencillo como un saludo o algo tan complicado como una orden de ejecución de alguno de ellos por alguna falta que consideraban mayor o peligrosa para la causa. No era su trabajo difundirlo a la tropa. No importaban las condiciones. Su orden era guardar el secreto y, hasta ese momento, nadie con autoridad le había indicado lo contrario. Que las amables psicólogas le dijeran que necesitaba hablar y que estaba en un lugar seguro y de confianza con ellas no tenía ningún peso. Si la guerra no se detenía a pesar de lo anunciado o se reanudaba después de algunos meses de intentar reintegrarse sin éxito a la sociedad civil, ella debería rendir cuentas. Podría terminar ejecutada. Y lo que dijera podía poner en peligro a alguno de sus compañeros o al grupo completo. Las psicólogas no entendían eso. Insistían en que ella debía hablar de las cosas que había presenciado o escuchado para que su mente sanara. (144-145)

En la novela, los personajes afectados por trastornos mentales, depresiones o enfermedades son numerosos en la familia, y muchos de sus síntomas pueden ser achacados a una falta de elaboración y de resolución consciente de los traumas de la guerra. Por ejemplo, la abuela sufre males de la mente –sin que se sepa exactamente lo que tiene– desde que tuvo que devolver a la madre la segunda de

¹ “Lo ‘indicible’, por no ser dicho en la primera generación, hace devenir el secreto en algo ‘innombrable’ en la segunda generación –es percibido pero sin poder ser nombrado, ya que nunca se le han asignado palabras–. Es en la tercera generación, cuando ya es ‘impensable’ –ni siquiera se puede conceptualizar–, en la que aparecen fobias, miedos, trastornos mentales, depresiones o enfermedades” (traducción de los editores de la revista).

sus hijas; la madre y varias de las hijas, incluida la primogénita dada en adopción ilegal y exiliada en un país lejano, sufren depresión en momentos distintos de su vida; y la hija menor, concebida después del conflicto, tiene problemas de salud cuya dimensión simbólica es bastante evidente. En efecto, se tropieza con todo, y por eso su madre piensa que tiene problemas de visión; en realidad, resulta más adelante que la hija tiene “los pies torcidos” (212). En ambos casos, los órganos y miembros afectados o supuestamente afectados son muy significativos: la vista es una metáfora de la posibilidad de conocer su pasado y vislumbrar un futuro, un símbolo, pues, de la confusión de esferas temporales provocada por el estrés postraumático. Por su parte, la falta de motricidad causada por una malformación de los pies sugiere las dificultades que tiene la hija para avanzar y romper con un pasado –el de su madre– que se ha convertido en estorbo.

La circulación de los traumas a lo largo de la genealogía femenina se da a conocer además por una serie de procedimientos discursivos que tienden a producir confusión en cuanto a la identidad de cada una de las mujeres de la familia, así como al lugar ocupado por ellas dentro de la genealogía. El más evidente es la ausencia total de nombres: las protagonistas aparecen designadas por su rango en la familia: la abuela, la madre, la hija primogénita –también designada como “la hija perdida” o simplemente “hija”–, “la primera de las hijas que se criaron con ella” –también llamada “hija”–, “la segunda de las hijas que se criaron con ella” –también llamada “hija”–, etc. Ello, en ocasiones, puede provocar confusión en la identificación de los personajes, tanto más cuanto que una misma mujer puede ser designada con varias denominaciones: la abuela, por ejemplo, aparece a veces como “abuela” y otras como “madre”; y lo mismo pasa con la madre que aparece en ocasiones como “madre” y en otras como “hija”, de modo que, dentro de la misma familia, nos encontramos con varias madres y varias hijas en posiciones genealógicas distintas, designadas con una única palabra. Asimismo, todas las hermanas, incluida la primogénita adoptada, aparecen designadas en algún momento de la novela por medio del vocablo “hija” y, si no fuera poco, en unos casos, los proyectos de algunas de ellas se intercambian, llegando a viajar fuera del país una de las hijas en lugar de la otra. Por otra parte, aunque no aparece ningún nombre en la novela, sabemos que por lo menos dos de las mujeres de la familia recibieron al nacer el mismo nombre, lo cual es significativo de la confusión de rangos y lugares dentro del grupo familiar:

La que se había ido al país que tanto resentía regresaría para el tiempo en que los dueños de los tractores llegaran a tratar de construir en el terreno que les pertenecía y se pararía con ella frente a ellos para exigir que la calle pasara por otra parte pese a que les explicaran una y otra vez que los trabajos que estaban por realizar las favorecerían más que a ninguna otra familia. Regresaría con un carácter tan firme que sería la que más le recordaría a ella misma. Cuando diera a luz a una niña, la llamaría con el nombre que debió haber llevado la primogénita de su madre. (234)

Estos procedimientos, al crear cierta confusión en la identificación de los personajes, sugieren la facilidad de circulación de los traumas de una generación a otra, pero también, dentro de la misma generación, de una hermana a otra. En

esta perspectiva, se plantea de forma particularmente acuciante el problema de cómo curar las secuelas de las violencias sufridas por las mujeres y lograr la *sanación*, tanto a nivel individual como a nivel familiar y, más allá de la familia, a nivel colectivo, pues esta familia sin nombres bien podría representar el conjunto de una población femenina afectada por este tipo de problemáticas.

La difícil *sanación*

La *sanación* es un concepto desarrollado por el feminismo comunitario guatemalteco; según Cabnal, feminista maya xinca, designa un proceso a la vez cósmico y político de recuperación en el que juega un papel fundamental el cuerpo (ver Falquet, “Corps-territoire” 81), como sitio –o territorio– privilegiado donde se ejercen y se imprimen violencias –coloniales, racistas, sexistas, patriarcales, neoliberales, etc.–, pero a la vez como lugar donde mejor se dan las potencialidades de resistencia y de transformación:

La sanación es un acto personal y político que las mujeres también interpretan como una forma de proteger su cuerpo y la tierra. La sanación convoca caminos para revitalizar y energizarse, para continuar en la defensa del cuerpo y la tierra con el fin de hacer frente al desgaste actual de las mujeres por las múltiples opresiones del sistema patriarcal, colonialista, racista, lesbofóbico y capitalista neoliberal. [...] Las formas de somatización, los sentimientos y los pensamientos son abordados con los saberes ancestrales, herencia de nuestras abuelas y madres sanadoras indígenas. Sanar para nosotras es un acto personal y político para desmontar las opresiones, la victimización, para liberarnos y emancipar el cuerpo. Un acto que nos impulsa a recuperar el nuevo tiempo de liberación del cuerpo para reivindicar la alegría y, sin perder la indignación y en medio del complejo mundo, celebrar la vida, la resistencia y las sabidurías plurales, así como el hecho de estar vivas y acuerpadas. (Cabnal 103)

Para las feministas comunitarias, la *sanación* es política, porque es un acto de resistencia frente a las opresiones de diversos tipos sufridas específicamente por las mujeres indígenas en la actualidad; y es cósmica, porque se basa en la recuperación de la memoria y de la sabiduría ancestral de las antepasadas, como forma de curar las secuelas físicas, emocionales, psicológicas y espirituales de las violencias producidas por el sistema opresivo heredado de la época colonial, y todavía vigente.

Aunque ajena al contexto nacional y étnico en el que se ha forjado el concepto de *sanación*, la novela de Claudia Hernández puede analizarse desde esta perspectiva. En efecto, el linaje femenino representado en *Roza tumba quemá* problematiza precisamente la manera cómo las mujeres, más allá de esta familia anónima, tratan de curar las heridas de violencias siempre presentes –ya sea porque se producen en el presente de la posguerra, o bien porque, aunque producidas en el pasado, se transmiten por vía transgeneracional y se actualizan en este presente–. De esta forma, Claudia Hernández pone el énfasis en el eterno retorno de las violencias pasadas y en la necesidad de romper el círculo de su transmisión, por medio de procesos *sanadores* que se basan, entre otras cosas, en la recuperación de la memoria mediante diversos ritos simbólicos.

Uno de estos ritos empieza en los últimos capítulos del libro, cuando la madre decide buscar un objeto que represente a su hija perdida, la primogénita dada en adopción sin su consentimiento, para enterrarla después con su propia madre. Para ello, emprende una especie de viaje iniciático a la inversa en el que vuelve a recorrer el mismo camino que la llevó a la guerrilla, en los inicios del conflicto:

Si la guerra estallaba de nuevo en ese momento, las mujeres que estaban en su casa estarían a salvo con ella, así que inicia el camino hacia la montaña donde le parece que el camino comienza: la casa quemada donde su padre hizo la promesa de regresar. Camina por el sendero de la noche en que debió esconderse por primera vez. Recorre la ruta por la que la tía iba a salvarla de la vida que llevaría y donde, muchos años después, todo sigue teniendo el agitado silencio de los que huyen. Nada de ahí le habla de la hija que, para entonces, no sabía que daría a luz. Le dice cosas de un pasado que es solo suyo y que siente que también debe enterrar el día que les dé sepultura a la madre y a la niña. Toma una piedra que se asemeja a su sensación de entonces y sigue su camino por las veredas que caminó para llegar hasta su padre. Se pregunta adónde habrán ido a parar todas las gentes que el viento sopló esa noche. Puede hacerlo ahora [...]. (214-215)

Este recorrido la lleva entonces de la antigua casa de sus padres, incendiada el primer día de la “invasión”, al lugar del campamento que compartió con su padre durante la lucha; llegada a ese lugar, decide cortar una rama y, en vez de llevársela con ella, la entierra allí mismo. Este gesto simbólico le permite, por lo menos en apariencia, separarse por fin de su pasado. Por otra parte, al final de su viaje, vuelve a “la hacienda con nombre de caballo a la hora en que el mar entraba y se llevaba todo lo que ella quería retener. Cualquiera de las piedras de ese lugar tenían la forma de lo que sentía por su hija” (217). En ambos casos, los objetos utilizados en los ritos –la rama y las piedras– funcionan como símbolos. En efecto, la rama metaforiza un pasado demasiado presente del que hay que separarse para poder *sanar*, cuando las piedras son metonimia del cuerpo ausente de la hija que, aunque sigue viva en otro país, evoca la tragedia de los cuerpos desaparecidos, cuya ausencia impide que los familiares puedan realizar el proceso de duelo:

[E]l cuerpo constituye el objeto (masa) donde reside la vida o la muerte. Por lo tanto, el cuerpo es el único elemento tangible que se posee para comprobar/asegurar la existencia o la inexistencia de un ser/sujeto (de ahí la agónica pesadumbre que sufren los familiares que no hallan el cuerpo de un ser querido para sepultarlo). (Rodríguez 124)

Un mismo procedimiento metonímico tiene lugar, unos capítulos antes, con el anillo que se perdió junto con el abuelo durante la contienda, y que la madre termina recuperando, desenterrándolo del patio de la casa incendiada de sus padres para poder volver a enterrarlo más adelante con el cuerpo de la abuela, cuando ésta muera. En ambos casos, los objetos representan el cuerpo ausente –ya sea del abuelo, de la hija perdida, o simplemente el cuerpo memorial del pasado– y su uso permite a la madre realizar un proceso de duelo simbólico que, de lo contrario, le sería totalmente vetado. Por otra parte, es interesante la

conexión que se establece, en la reflexión en torno al anillo, entre este objeto, que materializa el enlace conyugal, y la rama, que establece simbólicamente el vínculo generacional. Esta conexión, al tratar de forma similar diversos tipos de relación interpersonal y familiar, también pone de relieve la dimensión colectiva del trauma y, por ende, la necesidad de enfrentar de manera también colectiva el proceso de *sanación*:

Quizás era el destino de los anillos perderse como perdieron la vida que creyeron que tendrían, hacer que no quedara recuerdo de las promesas que se hicieron. Tal vez ese era el significado que buscaba hace rato y se empeñaba en no mirar.

Le habría gustado otro final. Habría querido, por lo menos, poder tener un cadáver que recuperar aunque fuera después, mucho después, cuando la guerra terminó y la gente pudo regresar sobre sus pasos para levantar a los caídos que el tiempo y el miedo los obligó a dejar atrás.

Habría sido de las que se apuntaron en la larga lista de los cadáveres por reconocer y habría esperado el tiempo que le dijeran hasta que llegara su turno de identificarlo al lado de especialistas en medir huesos y compararlos con fotografías o descripciones de los parientes, o archivos médicos. Habría respondido a todas las preguntas que le hicieran y hasta ayudado a sacar tierra si se lo hubieran pedido con tal de poder volver a decirle hola y poder llevárselo a un lugar donde poder decirle adiós en una ceremonia privada. El dolor de ver sus huesos convertidos en algo parecido a ramas deshidratadas por el tiempo no se compararía al de no poder tener nada suyo para recoger y enterrar. (187-188)

Sin embargo, a pesar de estos gestos simbólicos que parecen abrir para la madre —y, por consiguiente, para sus hijas— una nueva etapa, quedan unas cuantas dudas en cuanto a la *sanación* real de estas mujeres. Primero, no deja de tener sentido el hecho de que lo enterrado por la madre en el campamento para despedirse de su pasado sea precisamente una rama, teniendo en cuenta la problemática genealógica que mencioné anteriormente, y la relación metafórica que se suele establecer entre el árbol, las ramas y la genealogía. En este sentido, cabe preguntarse si el rito realizado por la madre será suficiente para curar los traumas heredados por sus hijas, y si este gesto de enterrar la rama no puede ser visto, también, como una forma de enterrar el pasado y de negarse a enfrentarlo: como, en definitiva, la represión del trauma y, por tanto, la perpetuación de las lógicas inconscientes de transmisión transgeneracional.

Por otro lado, es significativa la conexión que este rito realiza con el título del libro, *Roza tumba quema*, puesto que si la trayectoria existencial de la madre empezó por un fuego —el de la casa de sus padres en el momento de la invasión—, en ese momento final del libro en que la madre corta una rama, se abre un nuevo ciclo: la “roza”, es decir la tala de vegetales antes de la futura quema. La estructura circular sugerida por el título, cuando se interpreta a la luz del desenlace de la novela, puede entonces llevarnos a preguntarnos si de verdad se habrá podido cerrar definitivamente este pasado, o si sus secuelas obligarán a estas mujeres a buscar siempre, como en la agricultura itinerante de “roza, tumba, quema”, un nuevo lugar, para tratar, sin lograrlo del todo, de volver a empezar. A través de

este ciclo sin final, el título de la novela podría verse entonces como una alegoría de la erosión de identidades en una población vulnerada por el ciclo de la violencia, y afectada en su capacidad de renovación.

Conclusión

La novela de Claudia Hernández problematiza entonces la cuestión de las violencias específicas que sufren las mujeres en contextos bélicos, así como sus consecuencias en la posguerra. A través de un linaje femenino anónimo, retratado dentro de un marco espaciotemporal también borroso, la escritora salvadoreña se centra en los traumas de guerra vividos específicamente por las mujeres en una perspectiva que no se limita, de ninguna manera, a los conflictos armados de El Salvador o de Centroamérica.

Sin dejar de lado las violencias físicas ocurridas en el marco de cualquier conflicto armado –masacres, violaciones, etc.–, *Roza tumba quema* otorga un lugar importante a las violencias psíquicas, relacionadas con la memoria postraumática, y a los procesos mediante los cuales estas violencias impactan no solo a las mujeres que fueron partícipes del conflicto, sino también a las que nacieron después de él. Plantea entonces la necesidad de romper con el círculo de la transmisión inconsciente de los traumas de madre a hija, una ruptura difícil que solo se puede lograr por medio de procesos *sanadores* y memoriales colectivos basados en la recuperación y la aceptación del pasado.

El anonimato de la familia representada en *Roza tumba quema* también sugiere que la *sanación*, como proceso a la vez cósmico y político, no podrá alcanzarse mientras no se hayan dado las condiciones para la recuperación de la memoria colectiva de todas las víctimas de la contienda, y en primer lugar de las mujeres, quienes son las primeras olvidadas de todos los procesos de posguerra. En este sentido, la familia de la novela puede ser vista como una metáfora de cualquier sociedad afectada por un conflicto armado que no se haya resuelto, posteriormente a los enfrentamientos, mediante procesos memoriales de aceptación y de elaboración discursiva de los traumas. *Roza tumba quema*, en esta perspectiva, podría incluirse dentro de la llamada narrativa de posguerra centroamericana, si se tiene en cuenta la definición que le da a esta categoría Werner Mackenbach, entre otros críticos:

La literatura de “posguerra” era una literatura del desencanto, pero también una posibilidad de buscar y explorar nuevas formas de representación de la intimidad y de la construcción de la subjetividad. También Alexandra Ortiz Wallner (2002), y Rafael Lara Martínez (1999) han desarrollado una argumentación semejante, señalando la presencia de la violencia y su representación narrativa así como la disolución de los valores patrióticos de antaño como un aspecto fundamental. (Mackenbach, “Después de los pos-ismos” s.p.)

Pero, al mismo tiempo, la novela de Claudia Hernández no se limita a la representación del desencanto y a la construcción de subjetividades fragmentadas, sino que articula lo individual con lo colectivo por medio de procesos simbólicos de representación de la transversalidad de las violencias y, sobre todo,

de sus secuelas. Esta articulación entre lo personal y lo político –que proviene de las epistemologías feministas y que la escritora salvadoreña traduce aquí en lenguaje literario– demuestra de esta forma la conexión intrínseca entre las violencias vividas por los sujetos femeninos en la guerra y la posguerra, y la violencia social. Del mismo modo, pone de realce la necesidad de repensar los procesos de *sanación* mucho más allá de la experiencia individual o, incluso, intrafamiliar. En este sentido, no se trata tanto de traspasar el marco nacional, como se ha podido observar en la narrativa de posguerra centroamericana, sino de evidenciar los mecanismos por los cuales la construcción de la nación y de la memoria nacional afecta y es afectada por la no resolución de las problemáticas individuales. De esta forma, Claudia Hernández subraya la urgencia de hacerse cargo de los traumas de las mujeres, las primeras olvidadas de la historia, entendiendo esta urgencia no como un gesto humanista o moral hacia ellas, sino como una absoluta necesidad para el bienestar de la(s) sociedad(es) en su conjunto.

Obras citadas

- Adam, Géraldine. *A la découverte de la psychogénéalogie: conséquences et effets du passé familial sur nos vies*. Paris: Éditions du Dauphin, 2006. Impreso.
- Allais, Juliette. *La psychogénéalogie. Comment guérir de sa famille*. Paris: Eyrolles, 2007. Impreso.
- Banco Mundial; Unidad Regional de Asistencia Técnica (Ruta); Ministerio de Educación. Con-cultura y Pueblos Indígenas. *Perfil de los pueblos indígenas en El Salvador*. San Salvador: 2003. Impreso.
- Browitt, Jeffrey. “Literatura nacional y el ocaso del discurso de la nación-estado en Centroamérica”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 1 (2001). Web.
- Cabnal, Lorena. “Tzk’at, Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario desde Iximulew-Guatemala”. *Ecología Política* 54 (2018): 100-104. Impreso.
- CEPAL. *Los pueblos indígenas en América Latina. Avances en el último decenio y retos pendientes para la garantía de sus derechos*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, noviembre 2014. Impreso.
- Falquet, Jules. “El movimiento de las mujeres en la ‘democratización’ de posguerra en El Salvador”. *Revista del CESLA* 4 (2002): 194-209. Impreso.
- Falquet, Jules. “‘Corps-territoire et territoire-Terre’: le féminisme communautaire au Guatemala. Entretien avec Lorena Cabnal”. *Cahiers du Genre* 2.59 (2015): 73-89. Impreso.
- FAO. *Transición de la quema a la práctica de la no quema: Un primer paso para la agricultura sostenible en el corredor seco de Baja Verapaz*. Ciudad de Guatemala: Representación de la FAO en Guatemala, 2012. Impreso.
- Gairaud, Hilda. “Sistemas de exclusión y violencia en relatos de los salvadoreños Manlio Argueta y Claudia Hernández”. *Filología y Lingüística* 36.1 (2010): 77-104. Impreso.
- Hernández, Claudia. *Roza tumba quema*. Bogotá: Laguna Libros, 2017. Impreso.
- Kokotovic, Misha. “Telling Evasions: Postwar El Salvador in the Short Fiction”. *A Contracorriente* 11.2 (2014): 53-75. Impreso.
- Lara Ponce, Estuardo, Laura Caso Barrera y Mario Aliphath Fernández. “El Sistema Milpa Roza, Tumba y Quema de los Maya Itzá de San Andrés y San José, Petén Guatemala”. *Ra Ximhai* 8.2 (2012): 71-92. Impreso.

Mackenbach, Werner. "Después de los pos-ismos: ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas?". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 8 (2004). Web.

Rodríguez, Carla. "Cuerpos desgarrados: textualidades desgarradoras. Una aproximación a la escritura de Claudia Hernández". *Filología y Lingüística* 39.1 (2013): 117-130. Impreso.

Tison-Le Guernigou, Véronique. *Secrets de famille et psychogénéalogie*. París: Autrement, 2007. Impreso.